

Tarsicio García Díaz

“México en la expansión hispánica hacia el Oriente”

p. 199-208

La diversidad del siglo XVIII novohispano: homenaje a Roberto Moreno de los Arcos

Carmen Yuste (coordinación)

México

Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Históricas

2000

310 p.

Figuras

ISBN 968-36-8531-5 (rústica)

ISBN 968-36-8530-7 (pasta dura)

Formato: PDF

Publicado en línea: 21 de junio de 2019

Disponible en:

http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/373/diversidad_novohispano.htm



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

D. R. © 2019, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



MÉXICO EN LA EXPANSIÓN HISPÁNICA HACIA EL ORIENTE

Tarsicio GARCÍA DÍAZ*

La atracción milenaria de Oriente sobre las civilizaciones occidentales

Los viajes de exploración marítima patrocinados por España y Portugal durante los siglos XV y XVI, estuvieron motivados en un principio para conseguir el predominio comercial europeo como consecuencia del bloqueo en la ruta comercial oriental impuesta por el Islam. Su objetivo inmediato fue encontrar el derrotero más conveniente para que sus embarcaciones contactaran con Asia y sus legendarios archipiélagos. Su esperanza de éxito descansaba en los conceptos científicos que se remontaban a la época grecorromana (Aristóteles, Estrabón y Séneca) y que se enriquecieron con los relatos de viajeros del Medievo como el español hebreo Benjamín Tudela y el veneciano Marco Polo, y otros relatos como “los falsos viajes —nos revela el doctor Edmundo O’Gorman en *La Invención de América*— de sir John de Mendeville acabaron prestando a esas apartadas comarcas el alucinante brillo de fastuosidad, riqueza y misterio que hizo de ellas el imán de todas las codicias”.¹

El resultado sorpresivo de los viajes de exploración por el “mar tenebroso”, el océano Atlántico, fue el encuentro con un continente desconocido, que Colón concluyó que era todo parte de Asia, y que Américo Vesputio al no encontrar el paso al océano Indico, aceptaría el descubrimiento de un continente austral desconocido.² Un documento privado de Cristóbal Colón a sus protectores del Banco de San Giorgio, en Génova, es muy revelador, confirma su convicción de haber encontrado el continente asiático vía el Atlántico, y muestra también el atrevimiento de los títulos en que se aut nombra firmando: “El Almirante mayor del Mar Océano y Viso Rey y Gobernador General de las Yslas y tierra firme de

* Instituto de Investigaciones Bibliográficas, UNAM.

¹ Edmundo O’Gorman, *La invención de América*, México, Fondo de Cultura Económica, 1958, p. 22. Carlos Sanz señala las obras de Aristóteles, Estrabón y Séneca, que hacen referencia al océano Atlántico en *Primitivas Relaciones de España con Asia y Oceanía*. Madrid, Librería General de Victoriano Suárez, 1958, p. 35 y 36.

² O’Gorman, *op. cit.*, p. 63.

Asia & Indias del Rey & de la Reyna mis señores y su capitán general de la mar y su Consejo. Sevilla, 2 de abril de 1502".³

Durante la primera mitad del siglo XVI España realiza la exploración, conquista y colonización de la mayor parte del continente americano con un especial interés en México y el Perú. La conquista por las armas fue cruenta y despiadada, así como la destrucción de las culturas indígenas, al grado de escandalizar la conciencia del primer obispo de Chiapas, fray Bartolomé de las Casas, que se convirtió en el defensor de los indios americanos contra los abusos del español. Su voz y sus escritos llegaron al monarca español y sus argumentos no fueron en vano, la política indiana fue tratando de limar las asperezas en la relación del estado jurídico del indígena dentro del mundo hispánico.⁴

Mientras España afianzaba su dominio en el continente americano, no perdía el objetivo inicial de su empresa marítima: encontrar la comunicación con el extremo oriental de Asia.

La experiencia de Magallanes y Elcano en su esforzada hazaña de circunnavegación con sus descubrimientos notables, tocando inclusive, en el otro extremo del mundo, el archipiélago bautizado primero como San Lázaro y más tarde como Filipinas, no era muy alentadora; demasiados meses de navegación, problemas de límites por los tratados con Portugal y los altos costos de navegación en vidas y recursos económicos.⁵

Las inquietudes de Hernán Cortés y de otros conquistadores, como Pedro de Alvarado, de navegar por el Mar del Sur hacia el oeste influyen en la política real para convertir a México en la base de futuros viajes de exploración y conquista de Asia, con ciertas ventajas: un itinerario de navegación más corto, la existencia de recursos económicos que aumentaban con el progreso acelerado de la explotación minera de la plata mexicana. Existían también otros factores, como el incremento de la población criolla y española deseosa de ganar fama y dinero con su participación en atractivas empresas de explotación y conquista, ya que en América eran cada día más difíciles y pocas las oportunidades. Existía pues, la esperanza de navegar a las islas del poniente, bajo el control, y estricta vigilancia por supuesto, por parte del virrey, de la Audiencia, de las autoridades eclesiásticas y la Inquisición de México.⁶

³ Sanz, *op. cit.*, p. 39.

⁴ Fray Bartolomé de las Casas, *Apologética Historia Sumaria (1559)*, edición preparada por Edmundo O'Gorman, México, UNAM, Instituto de Investigaciones Históricas, 1967. Véase el Estudio preliminar, p. xxiii y Apéndice II, bibliografía de Las Casas y su *Historia de las Indias*, con prólogo de Lewis Hanke. Joaquín Sánchez MacGregor, *Colón y las Casas*, México, UNAM. Facultad de Filosofía y Letras, 1991, p. 142 a 145.

⁵ Antonio de Morga, *Sucesos de las Islas Filipinas*, anotada por José Rizal, París, Librería de Garnier Hermanos, 1890, p. 264 (1ª edición publicada en México en 1609)

⁶ Rafael Bernal, *México y Filipinas*, México, UNAM, IIH, 1958, p. 47.

La expansión hispana en Filipinas

Los primeros intentos de navegar de México a Filipinas terminaron en desastres los más,⁷ en especial en la ruta del tornaviaje de Filipinas a México, hasta la exitosa expedición de Miguel López de Legaspi, quien tenía más de 30 años de experiencia al servicio del estado en Nueva España, y la atinada conducción de la flota por los conocimientos y la experiencia del agustino Andrés de Urdaneta.⁸ Legaspi arribó a la isla de Samar el 13 de febrero de 1565 y para el 1 de junio zarpaba desde Cebú el galeón *San Pedro*, con su piloto mayor Andrés de Urdaneta, con destino a México, el 8 de octubre quedaba establecido el tan deseado derrotero México-Filipinas y Filipinas-México, al ingresar el galeón de Urdaneta al puerto de Acapulco.⁹

Los españoles y criollos mexicanos de la expedición de Legaspi encontraron en las Filipinas otra realidad cultural muy diferente a la europea y americana. Sus habitantes habían tenido múltiples inmigraciones e influencias, desde siglos atrás, de otros pueblos de Asia, como la India, China, Japón, Arabia; también “desde los primeros tiempos —añade el historiador filipino Gregorio Zaide— con Borneo, Java, Sumatra, las Molucas, Malayoc, Cambodia, Thailandia y otros pueblos del Sureste asiático”.¹⁰

Las instrucciones dadas por el monarca español Felipe II para la conquista y colonización de las Filipinas eran muy precisas: evitar en lo posible el derramamiento de sangre, respetar vida y hacienda de los naturales y “usar todos los medios suaves para someterlos”.¹¹ Legaspi, con prudencia e inteligencia, ejecutó las instrucciones, pero tuvo que enfrentar no sólo la resistencia de los naturales, sino de las traiciones de algunos de sus hombres. Legaspi sometió Cebú, Panay, Luzón y estableció en Manila un cabildo, en 1571, convirtiéndola de hecho en la capital de Filipinas. A su muerte, en 1573, continuaron la conquista de manera exitosa la genera-

⁷ Véase el artículo de María Dolores Contreras y Femat, “La Conquista de Filipinas”, *Anuario de Historia IV*, México, UNAM, FFyL, 1964, p. 39 a 76.

⁸ Morga, *op. cit.*, p. 6, y muy importante “El primer documento impreso de la historia de las Islas Filipinas, por su título muy significativo para México: *copia de una carta venida de Sevilla a Miguel Salvador de Valencia. La que narra el venturoso descubrimiento que los mexicanos han hecho, navegando con la armada que su majestad mandó hacer en México...*” Barcelona, 1566. Facsímil publicado por Carlos Sanz.

⁹ Una de las mejores biografías de Urdaneta es la del jesuita Mariano Cuevas, *Monje y marino, la vida y los tiempos de fray Andrés de Urdaneta*. México, Galatea, (1943). También, Enrique Cárdenas de la Peña, *Urdaneta y el tornaviaje*, México, Secretaría de Marina, 1965. A partir de 1593 se fueron dictando disposiciones para regular el circuito de galeones. Véase Carmen Yuste, “El galeón en la economía colonial”, en *El Galeón del Pacífico. Acapulco-Manila 1565-1815*, México, Gobierno Constitucional del Estado de Guerrero, 1992. (Biblioteca del Sur), p. 94 a 97.

¹⁰ Gregorio Zaide, *The Republic of the Philippines*, Manila, Rex Book Store, 1963, p. 30. Véase también Pierre Chaunu, *Las Filipinas y el Pacífico de los ibéricos. Siglos XVI, XVII y XVIII* (Estadísticas y Atlas), México, Instituto Mexicano del Comercio Exterior, 1974, p. 29.

¹¹ Bernal, *op. cit.*, p. 50 y M.D. Contreras, *op. cit.*, p. 51.

ción de jóvenes criollos Andrés de Ibarra y los nietos de Legaspi, Felipe y Juan de Salcedo, entre otros.

Desde el tornaviaje de Urdaneta, Legaspi estuvo solicitando al virrey y audiencia de México refuerzos militares y recursos para poder continuar con su empresa; así, en octubre de 1567 llegaron a Cebú dos galeones con 300 hombres.¹² Una prueba de esta afluencia continua la tenemos en el siguiente ejemplo: con motivo de la muerte de Legaspi, el doctor Francisco Sande, oidor de la Audiencia de México, fue nombrado gobernador de Filipinas, en lugar de Guido de Lavezaris, quien gobernó a la muerte de Legaspi; entre los preparativos de su viaje se llevó a cabo un reclutamiento voluntario que está detallado en un documento con el título “Nómina de la reseña e pagas de soldados... para que en su real servicio a las Yslas del Poniente... 1574”.¹³

El capitán Juan de Salcedo realizó una exitosa campaña por la que se le conoce como el “Hernán Cortés de Filipinas”. A su muerte, en 1576, a sólo una década de que su abuelo Legaspi había arribado a Filipinas, España establecía su dominio colonial en el Archipiélago. Al mismo tiempo que se realizaba la conquista armada penetraba la difusión del cristianismo con la actividad de los misioneros agustinos (1565), franciscanos (1577), jesuitas (1581) y dominicos (1587). En un principio dependieron de sus provincias respectivas de México, pero en pocos años se fueron consolidando sus propias provincias: así a la de los agustinos le llamaron Provincia del Santísimo Nombre de Jesús; San Gregorio, para los religiosos descalzos de San Francisco; Provincia del Santísimo Rosario de Filipinas para los dominicos y Provincia de Filipinas para los jesuitas.¹⁴

Un instrumento estratégico para difundir la doctrina cristiana entre los naturales fue la imprenta, necesaria para que los religiosos pudieran estudiar y dominar las lenguas nativas y en general para la aculturación de los nuevos dominios. El eminente bibliófilo filipino Wenceslao Retana, en su obra *Imprenta en Filipinas*, señala a los dominicos como los fundadores de la primera imprenta montada por el “chino” Juan de Vera, en el hospital de San Gabriel de Binondo en 1603.¹⁵ Carlos Sanz dedica su obra, *Primitivas Relaciones de España con Asia y Oceanía*, a la demostración de los dos primeros libros impresos en Filipinas y un tercero en discordia. (Una doctrina en tagalo y otra en chino de 1593 con procedimiento

¹² Zaide, *op. cit.*, p. 67 y 68.

¹³ Luis Muro, “Soldados de Nueva España a Filipinas (1575)”, *Historia Mexicana*, México, El Colegio de México, 1974, p. 466 a 491. Este documento confirma el envío de 200 soldados en promedio por viaje.

¹⁴ Zaide, *op. cit.*, p. 85, y para una visión sintética sobre la obra evangelizadora de agustinos y franciscanos, véase María Teresa García Moreno, “Evangelización...”, *Anuario de Historia IV*, México, UNAM, FFyL, 1964, p. 101 a 117.

¹⁵ W. E. Retana, *La Imprenta en Filipinas*, Madrid, 1897.

xilográfico).¹⁶ Las otras órdenes religiosas fueron consiguiendo sus propias imprentas. Para el siglo XVIII la tipografía filipina, además de abundante, consiguió un alto nivel de perfección.

El 6 de febrero de 1578 el papa Gregorio XIII expedía la Bula de Erección de la Santa Iglesia Catedral de Manila y al año siguiente Felipe II nombraba por Real Cédula a fray Domingo de Salazar, de la Orden de Predicadores, primer obispo de las Islas Filipinas.¹⁷ El obispo designado tenía una labor evangélica en México de cerca de 40 años y era pública su inclinación al pensamiento que sobre los indios tenía su hermano de religión fray Bartolomé de las Casas. Salazar era de origen español, sin embargo, su larga permanencia en México le proporcionó una rica experiencia misionera y un mejor trato humanitario con los indígenas,¹⁸ que fue la que aplicó en su ministerio episcopal. En fechas posteriores, tres mexicanos ocuparon la mitra arzobispal de Manila: Manuel Poblete, de 1653 a 1667; Carlos Bermúdez González de Castro, un breve mandato de 1725 a 1729; y Manuel Antonio Rojo Río y Vieyra, quien fuera además, por Real Cédula, gobernador y capitán general de las Islas Filipinas, y tuvo el mandato de 1759 a 1763.¹⁹

El sueño español de un imperio en Asia

Los dominicos de la Provincia del Santísimo Rosario de Filipinas tuvieron como principal meta, desde su fundación, la conquista espiritual de China. Domingo de Salazar, dominico y primer obispo de Filipinas confiesa “Una de las razones que me movieron a aceptar este obispado fue saber que había en ellas muchos naturales de aquel Reyno”; más adelante, al afirmar su oposición a todo proyecto de conquista militar, declara: “El mayor impedimento que se opondría al evangelio, es ir a la China con mano armada ni con género de violencia, porque asta ahora, ninguna causa, derecho ni razón a habido, ni hay de nuestra parte para entrar en aquel Reyno con mano armada”.²⁰

En la práctica, el Parián de los sangleyes en las afueras de Manila²¹ con una población creciente de chinos, sobre todo comerciantes y artesa-

¹⁶ Sanz, *op. cit.*, al final del libro reproduce en facsímil *Doctrina Cristiana en letra y lenguas Chinas*, libro príncipe de la bibliografía filipina, *Doctrina Cristiana en lengua Tagala*, impreso en Manila en 1593, y *Tratado del verdadero Dios y de la Iglesia Católica*, Manila, 1593.

¹⁷ *Ibidem*, p. 129. También, fray Francisco de Burgoa, O. P., *Geográfica descripción...*, México, Porrúa, 1989, t. I, p. 186 a 191.

¹⁸ Esteban Arroyo, O.P., *Los primeros y principales abanderados de los derechos humanos de los indios fueron los misioneros dominicos*, (según los cronistas de los siglos XVI, XVII y XVIII) Querétaro, México, Universidad Autónoma de Querétaro, p. 365 a 368.

¹⁹ Marta Celada Castillo, “Tres mexicanos arzobispos de Filipinas”, *Anuario de Historia IV*, México, UNAM, FFyL, 1964, p. 136 a 153.

²⁰ Sanz, *Primitivas...*, *op. cit.*, p. 310.

²¹ En México se adoptó el nombre de Parián de los Sangleyes de Manila para un conjunto de puestos de comercio en la plaza principal de la capital del virreinato, frente al edificio del

nos, fue aprovechado por los dominicos para conocer el idioma, usos, costumbres y las posibilidades de penetrar a los dominios de la gran China. Junto al Parián edificaron dos templos y un hospital en donde establecieron como ya mencionamos la primera imprenta en Filipinas.

Los agustinos y los franciscanos ya habían intentado la tan anhelada meta, consiguiendo escasos resultados y en repetidas ocasiones el retorno obligado a sus provincias de Filipinas. Los jesuitas por su parte habían conseguido, con el apoyo portugués y la diplomacia de la monarquía española, una estancia pasajera en Macao, pues la apertura a los occidentales o la enérgica oposición dependía de la voluntad de la clase gobernante de China y Japón. Los dominicos, a pesar de su redoblado esfuerzo, se tuvieron que doblegar y limitar su obra evangelizadora y cultural en Filipinas.²²

En 1601 arribó a Manila una embajada del Japón con propuestas de relaciones comerciales con España con la que se intercambiaron condiciones de todo tipo; al año siguiente, la respuesta del gobernante Ieyasu, en relación a otorgar permiso de predicar la religión católica en sus dominios, puntualizaba: “la doctrina seguida en vuestro país difiere enteramente de la nuestra: por eso estoy persuadido de que no nos conviene. En las escrituras búdicas se dice que es difícil la conversión de quien no está dispuesto a convertirse...”, pero más adelante expresaba con entusiasmo: “En cambio multipliquen sus viajes los bajeles del comercio aumentando con ello las relaciones e intereses”.²³ Cuatro años antes de esta fecha la actitud drástica de otro mandatario japonés, contra todo extranjero, convirtió por su martirio al mexicano Felipe de Jesús en el primer santo de nuestro país.²⁴

La penetración comercial del mundo hispánico en el Oriente y la de Oriente en el mundo hispánico fue una realidad permanente y positiva, lograda mediante el contacto de Manila con Acapulco y de Veracruz a Sevilla o Cádiz. Este dominio político y comercial de España, utilizando la Nueva España durante dos siglos y medio como eje y enclave estratégico por su ubicación geográfica y sus recursos humanos y de dinamismo económico, entraría en crisis durante la segunda mitad del siglo XVIII y tendría su término con la independencia de la América continental hispana. Al perder la comunicación transpacífica México-Filipinas, España se vio obligada a emplear la ruta del océano Índico, hasta su derrota en Filipinas en 1898.

Ayuntamiento. En este Parián se podían adquirir las diversas mercancías provenientes de oriente. En 1843 el Parián fue destruido por su estado ruinoso. Véase la *Colección de documentos oficiales relativos a la construcción y demolición del Parián*, México, Cumplido, 1843.

²² Sanz, *op. cit.*, p. 172 a 174. Lothar Knauth, “La nueva ruta de los evangelios”, en *El Galeón del Pacífico...*, p. 121, 128 y 129.

²³ Francisco Santiago Cruz, *Relaciones Diplomáticas entre la Nueva España y el Japón*, México, Editorial Jus, 1964, p. 32. Miguel León Portilla “La embajada de los japoneses en México”, en *El Galeón...*, p. 137 a 151.

²⁴ Alfonso Mariano del Río, *Separación y singularidad entre los veintiséis protomártires del Japón de San Felipe de Jesús*, México, 1715. La catedral de Cuernavaca conserva un primitivo mural que representa a Felipe de Jesús y compañeros de martirio.

La plata mexicana jugó un papel muy importante en la penetración y permanencia de las relaciones comerciales entre occidente y el continente asiático; en primer lugar fue la base del sustento económico de la administración española en Filipinas y como instrumento directo para obtener las diversas mercancías asiáticas de tan exitosa demanda en los pueblos occidentales. La plata mexicana, por su calidad, fue objeto de tráfico mundial entre Europa y Asia, dentro y fuera del monopolio español, a través de Manila o desde Sevilla o Cádiz; la obtenían portugueses, holandeses e ingleses y la usaban para su comercio en China, Japón y la India; es más, los portugueses la llegaron a emplear en el controvertido tráfico de esclavos africanos.²⁵ Esa actividad económica propició una transculturación entre el occidente hispano y los pueblos asiáticos. Lo negativo fue que los problemas y las rivalidades entre los pueblos europeos se traspasaron al oriente, como los enfrentamientos entre católicos y musulmanes, las guerras de España contra portugueses, holandeses e ingleses se extendieron también a las regiones orientales.²⁶

Otra forma de penetración hispánica en Filipinas, y la más permanente, fue la cultural, ya que la religión católica, las instituciones políticas y sociales, y en especial la educación normativa de las nuevas generaciones criollas y nativas, fueron impuestas por la administración española. Esta última, como en todo el ámbito del imperio español quedó fundamentalmente en manos de los eclesiásticos, en especial, la educación universitaria. A mediados del siglo XVIII la ilustración europea, fomentada por la monarquía borbónica y en especial durante el reinado de Carlos III, pasó por México a Filipinas.

En la Universidad de la Compañía de Jesús de Manila, el 27 de abril de 1761, fue presentada para su defensa una singular tesis. El contenido era la propuesta directa del autor al monarca español para realizar el tan deseado "Non plus ultra", es decir, incorporar el extenso continente asiático al mundo hispánico, por la conquista militar, y así cumplir con la misión cristianizadora de España. El autor de la tesis fue un criollo filipino, Vicente de Memije era su nombre y el título completo de su trabajo dice así: *Thesis Mathematicas de Cosmographia, Geographia y Hidrografia en que el Globo Terraqueo se contempla por respecto al Mundo Hispánico.*²⁷

La tesis tiene el sustento científico de su época, es decir, aplica los adelantos de las ciencias mencionadas en su título y se aprecia la apertura

²⁵ Chaunu, *op. cit.*, p. 26, y Vera Valdés Lakowsky, *De las minas al mar. Historia de la plata mexicana en Asia: 1565-1834*, México, Fondo de Cultura Económica, 1987. Véase la parte III de la p. 82 a 157. Véase también Clyde Hubbard, "Monedas de plata en los galeones del Pacífico", en *El Galeón...*

²⁶ Chaunu, *op. cit.*, p. 24 y 25. Bernal explica con claridad la expansión de los pueblos occidentales hacia el continente asiático, *op. cit.*, p. 21 y 22.

²⁷ El doctor Edmundo O'Gorman, en 1964, me facilitó una copia de la tesis de Memije que era de su propiedad. Tarsicio García lo publica con un estudio introductorio en *Anuario de Historia V*, México, UNAM, FFyL, 1965.

del mundo hispano a la ilustración, impulsada especialmente bajo la protección de Carlos III. En esta época, Manila contaba con dos universidades, la de la Compañía de Jesús y la de los dominicos, pero sin duda la de “los jesuitas contaba una mayor inclinación intelectual científica y literaria”.²⁸ Lo singular, y de mayor importancia de la tesis de Memije, lo constituyen sus ilustraciones: un mapa científico geográfico del mundo hispánico y Asia y un fino y bello grabado simbólico del dominio español; la concepción simbólica y la ejecución artística del grabado en este último, hacen de esta impresión una obra excepcional.

La imprenta de la Universidad de los jesuitas estaba a cargo de Nicolás de la Cruz Bagay desde 1745 a quien dos obras lo acreditan como el mejor impresor filipino del siglo XVIII: *La Navegación Especulativa y Práctica*, de José González Cabrera, y *la Historia de la Provincia de la Compañía de Jesús*, del padre Pedro Murillo, la primera, a juicio de Retana, como “la de mayor importancia tipográfica que se ha hecho en Manila en todo el siglo XVIII”. A los méritos de este impresor se unió la habilidad del grabador filipino Laureano Atlas que tuvo a su cargo la ejecución del mapa simbólico de Memije.²⁹

El grabado simbólico está representado por una hermosa doncella que cubre con su fina figura el dominio geográfico hispano: su cabeza está en España, su cuerpo lo cubre el continente americano y sus pies descansan firmemente en Filipinas. Es, al parecer, una representación mariana ya que a sus pies se encuentra la cabeza de un dragón que representa el Asia infiel; una paloma representativa del Espíritu Santo se posa sobre Roma; armada como Atenea, su mano derecha recibe la espada flamígera del Señor, junto con un escudo sostenido por dos angelitos con el símbolo de la redención; espada y escudo se encuentran sobre la protestante Inglaterra, enemigo poderoso y en esa época peligroso en todo el contorno del dominio español. En especial Inglaterra estaba dispuesta a penetrar “con o sin misión” al continente asiático. El éxito de los ingleses en la India y el reciente fracaso de las misiones en China y Japón eran sucesos alarmantes para el archipiélago filipino y explican hasta cierto punto la concepción política de la *Tesis* de Memije.³⁰

²⁸ J. Antonio Astrain, *Historia de la Compañía de Jesús en la asistencia de España*, Madrid, Administración de Razón y Fe, 1925. Véase H. de la Costa, *The Jesuits in Philippines 1581-1768*, Cambridge, Massachusetts, Harvard University Press, 1961, p. 556.

²⁹ En México, el doctor O’Gorman era propietario de un ejemplar del mapa simbólico, es posible que las reproducciones impresas por José Miguel Quintana en 1963 provinieran de este original. Francisco de la Maza, del Instituto de Investigaciones Estéticas de la UNAM, realizó un estudio crítico que publicó en los *Anales del Instituto*, núm. 33, México, UNAM, 1964. Cárdenas de la Peña lo presenta en la obra ya citada de Urdaneta. Tarsicio García, *op. cit.* En Filipinas lo incluye Quirino en su *Philippine Cartography*. Elías Trabulse destaca la obra científica del jesuita Murillo y la del grabador filipino Cruz Bagay, “Cartografía del Pacífico 1522-1792”, en *El Galeón...*, p. 62.

³⁰ Tarsicio García, *op. cit.*, p. 109.



Al monarca español, inclinado a las artes, debió agradarle el grabado simbólico, pero para la propuesta España ya no contaba con los medios para una empresa conquistadora, por ello, con su acostumbrada ironía, el doctor Francisco de la Maza imagina a Carlos III contemplando el grabado: “Su majestad se quedó pensativo, movió la cabeza de un lado a otro como negando algo y murmuró: ¡Que todo en la vida es sueño y los sueños, sueños son!”³¹

³¹ Francisco de la Maza, *op. cit.*, p. 14.



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS